
Friedrich A. Hayek:
La siguiente construcción
para el gigante

*Peregrine Worsthorne**

La libertad que todavía toma en serio la mayor parte del pueblo británico -aparte de la libertad de escoger el propio gobierno- es la libertad para decir y escribir lo que uno quiera decir y escribir: la libertad de expresión. Todo intento estatal de violar libertad genera de inmediato una tormenta de reprobación. Puede confiarse en que los medios de difusión masiva tronarán poderosamente en su defensa, porque esta libertad particular ocupa todavía un lugar casi sagrado en el panteón de los derechos humanos y suscita una fe y un fervor casi religiosos. En este sentido, por lo menos, puede afirmarse válidamente que la libertad es todavía un principio vigente, un principio por el que muchas personas estarían dispuestas a morir.

¡Magnífico! Debemos agradecer las pequeñas mercedes, y dar gracias a Dios de que exista por lo menos un área de la conducta humana donde se considera vitalmente valiosa la libertad, ya no digamos esencial. ¿Pero por qué sólo en esta área? En una época en que el Estado puede interferir en todas las demás áreas y controlarlas ampliamente, ¿por qué se ha destacado esta área particular como especialmente digna de defensa?

La respuesta tradicional es que la libertad de expresión es extremadamente importante, el padre y la madre de todas las demás libertades, la única que realmente importa. Me resulta muy difícil aceptar esta proposición/excepto en circunstancias que ciertamente no se dan ahora. Si pudiéramos suponer que la libertad de expresión se usará siempre para proteger otras libertades, que quienes usan el derecho de describir lo que deseen defenderán el derecho de los demás a hacer lo que deseen, tendría alguna validez la noción que dependen todas las demás.

* *Peregrine Worsthorne* es graduado del Magdalene College en Oxford y Peterhouse, Cambridge. Él fue periodista sobre asuntos económicos del Glasgow Herald en 1948, corresponsal de Times en Washington. 1950-1952 y principalmente editorialista del Sunday Telegraph y actualmente director del editorial de este periódico. Es escritor de revistas nacionales e internacionales sobre economía y política en New York Times, Foreign Affairs, Washington Post, Encounter, Pectator, Time and Tide. Es el editor principal del internacional Review.

Así ocurrió en nuestra historia, por lo menos en la medida necesaria para que nos expliquemos cómo surgió este supuesto. La historia británica contiene un catálogo glorioso de ejemplos de la forma en que el derecho a hablar y escribir libremente se empleó para extender las fronteras de la libertad en general. Algunos autores y oradores radicales utilizaron su libertad de expresión para defender la causa libertaria en conjunto, a menudo afrontando la oposición feroz del Estado, aun la represión. Esta fue en gran medida la historia de los siglos dieciocho y diecinueve, cuando el Estado se interesaba sin duda en la represión o limitación de la libertad de expresión, porque esta tendía a usarse entonces para defender toda clase de causas relacionadas con la expansión de los derechos individuales y la disminución de la autoridad estatal.

Pero no ocurre así ahora. Los escritores y oradores más influyentes de hoy, los que hacen mayor uso de la libertad de expresión, tienden en general a favorecer el poder estatal y a defender su expansión antes que su limitación. Pocos negarán que en el último medio siglo ha tendido en gran medida, la palabra escrita y hablada, a agrandar el Estado a costa de la libertad individual. En lugar de que la venerada libertad de expresión actuara como el gran protector de todas las libertades, ha tendido a usarse a menudo por quienes persiguen fines muy diferentes, por quienes quieren impedir que sus conciudadanos hagan lo que ellos desean hacer.

Esto no quiere decir que la libertad de expresión no sea un principio muy importante. Es evidente que lo es, por razones tan conocidas que no necesitan ser repetidas aquí. Pero lo que debe señalarse es que tal libertad no es necesariamente el padre y la madre de todas las demás libertades; ni es en todas las circunstancias la libertad merecedora de mayor respeto y protección. En efecto, la creencia de que todas las libertades estarán seguras si esta libertad está segura puede resultar -está resultando en verdad- muy peligrosa, porque no puede suponerse en modo alguno que quienes usan la libertad de expresión, como quienes usan cualquiera otra libertad, se interesan por la libertad de todos.

Lo cierto es que quienes usan en mayor medida la libertad de expresión, quienes tienen la habilidad y la inclinación para hacerlo, sólo pueden entender la libertad por cuanto sea aplicable y esencial para su propia actividad especial, la relacionada con la diseminación de ideas y de información. En las sociedades donde el Estado lo impide, donde se aplican la censura y otras medidas semejantes, es de esperarse que estas personas se expresen contra el Estado y a favor de los derechos individuales, por-que su propia falta de libertad inducirá en ellas esta postura general. Pero una vez que han ganado sus propios derechos particulares -el derecho de decir lo que quieran-, no podemos suponer que continuarán luchando por la libertad en general; es decir, la libertad de las personas para hacer lo que quieran, además de decir lo que quieran.

Es muy importante que se entienda este punto, porque va al meollo del problema contemporáneo de la libertad. La libertad individual es un asunto demasiado importante para dejarlo a merced de quienes sólo usan un aspecto de ella: escritores, filósofos, artistas, periodistas, académicos, etc. Las condiciones que antes ayudaban a garantizar su preocupación general por la libertad humana, y su determinación general de impedir la interferencia estatal en este campo, ya no existen y no han existido en ninguna medida importante en Gran Bretaña en la época moderna. En virtud de que han quedado aseguradas sus libertades particulares, estas personas carecen del fervor agresivo, de cruzado en favor de la libertad, que sólo se provoca en un individuo, o en un grupo, privado de la libertad.

En suma, lo que debe reconocerse es que el grupo clásico de la sociedad que solía articular y proclamar la causa general de la libertad -es decir, en términos generales, el grupo de los intelectuales- ya no lo hace, excepto en la medida en que se afecten sus intereses. En lo referente al valor absoluto de la libertad en el campo de la expresión artística, los medios de libertad en el campo de la expresión artística, los medios de difusión masiva -prensa, televisión, etc.-, son todavía tan dogmáticos como en el pasado. La censura es un tabú como artículo de la fe libertaria. A nadie deberá impedirse que diga o escriba lo que quiera, porque los intelectuales saben muy bien cuán importantes es la libertad para estas actividades. Esto lo saben por experiencia personal, lo sienten todos los días como parte de su vida. En estas áreas no hay necesidad de defender la libertad porque ella se defiende sola. Los escritores y los artistas lo sienten en lo más hondo de su corazón, como los creyentes conocen las verdades de su religión. Pero ya no defienden la libertad en un sentido general, tal y como

se aplica a todos los grupos de la sociedad: fabricantes, financieros, constructores, comerciantes, tenderos, médicos, obreros, etc., es decir, toda la vasta diversidad de personas que quieren tener libertad para *hacer* cosas, no sólo para decir las.

Este es un fenómeno nuevo y totalmente alarmante, porque los intelectuales son diseminadores naturales -en verdad los únicos diseminadores- de las ideas, el grupo de la sociedad que obviamente influye más en la determinación del clima intelectual. Mientras se les negó su libertad, de modo que se provocó en ellos una disposición general de lucha contra el Estado, el clima que crearon fue general-mente libertario a favor de otros tanto como a favor de ellos mismos: favorable para quienes hacen y para quienes piensan. Pero contra lo que suele creerse, no hay nada inevitable o permanente en tan afortunado estado de cosas; no hay nada inevitable o permanente en la inclinación de los intelectuales a defender todas las libertades, no sólo las propias.

Ocurre, más bien al contrario. Es natural que los intelectuales, una vez asegurada su propia libertad, quieran mejorar la sociedad de acuerdo con algún ideal o patrón que las libertades de los demás obstruyen o impiden. Los intelectuales quieren aplicar en la práctica los ideales que han elaborado en la teoría. Una sociedad libre -es decir, libre tanto para los hombres de acción como para los pensadores-no es necesariamente lo que desea el intelectual típico, a quien le parecerá algo tedioso, embrollado es imprevisible, confuso y poco satisfactorio. Es cierto que los intelectuales son los mejores defensores de la libertad cuando el Estado trata de restringir la libertad de expresión, ya que tienen el don de parlotear y el poder de persuadir e inspirar, pero también es cierto que en otras circunstancias -cuando no están en juego sus propios intereses- pueden ser los peores defensores, pues se inclinan más que la mayoría a ver en el Estado un instrumento perfecto para la imposición de los patrones ideales que ellos han escogido, y tienen más habilidad que la mayoría para disfrazar tal uso de la autoridad con sentimientos nobles y seductoras justificaciones, es decir, presentando su mejor cara.

Esto es lo que ha venido ocurriendo sin duda en Gran Bretaña en los últimos años. Podríamos afirmar con razón que la gran mayoría de los intelectuales manifiestan muy poco interés por las violaciones de la libertad individual cometidas por el Estado, excepto cuando se refieran a los sagrados derechos de la libertad de expresión. Casi nunca se escucha la defensa liberal

clásica de la libertad en la mayor parte de las innumerables áreas de la actividad humana: negocios, comercio, construcción, medicina, educación, manufactura, agricultura, etc. En todas estas áreas, los gobiernos amplían el alcance y la escala de su control e interferencia, en formas que violan descaradamente los principios liberales clásicos, sin que la comunidad intelectual eleve muchas voces de protesta. En efecto, es muy probable que la propia comunidad intelectual esté promoviendo y apoyando activamente tales usos del poder estatal. Pero basta que un ministro trate de regular lo que se publica en un periódico, por ejemplo, o de señalar alguna dirección a un editor, para que la defensa de la libertad resuene por todo el territorio.

En consecuencia, toda una generación ha crecido en un clima intelectual muy desalentador para un entendimiento correcto de la justificación de la libertad, quizá desalentador en forma singular y peculiarmente debilitante. Porque ahora tenemos una comunidad intelectual que no se interesa por la libertad, en general, ya que sus propias libertades particulares están bien seguras. Y en virtud de que la comunidad intelectual no se siente inclinada a escribir y pensar acerca de la libertad, ha declinado extraordinariamente la posición de este gran ideal, porque quienes todavía se preocupan por ella -los hacedores de cosas- son precisamente quienes carecen de habilidades verbales para lograr que su preocupación parezca convincente o dominante ante la opinión pública. En cierto sentido, la inviolabilidad de una libertad -la libertad de expresión- ha tendido a poner en peligro a todas las demás libertades, al inducir en quienes debieran ser los guardianes intelectuales de la libertad una complaciente falta de interés al respecto, lo que a su vez infecta todo el clima de la opinión. En pocas épocas ha habido un entendimiento tan escaso de lo que es realmente la libertad, de los principios en que se apoya, de los valores a los que sirve, y de los peligros que derivan de su ausencia para la civilización, precisamente porque quienes solían iluminar estas verdades ya no sienten la necesidad de hacerlo, y quienes sienten la necesidad de hacerlo no son escuchados por la opinión pública.

He considerado útil la descripción de este estado de cosas antes de mencionar siquiera el nombre del personaje de este ensayo, porque pienso que su importancia sólo podrá entenderse o apreciarse en este marco particular. Porque F. A. Hayek, el economista político ganador del Premio Nobel, es notable, aun magnífico, sobre todo en relación con su época: como un expositor de los principios de la libertad-en una obra clásica, *The Constitution of Liberty*- en un período en que

ningún otro gran pensador consideró necesario tratar este tema a semejante escala, ya no digamos dedicar su vida a la elaboración y elucidación del tema en libro tras libro, conferencia tras conferencia, folleto tras folleto, en una obra cuyo conjunto constituye la defensa más completa y refinada de la libertad que se haya escrito en este siglo de oscuridad. Y en gran medida no es primordialmente una defensa de la libertad de expresión -que no necesita defensa, porque nadie en Occidente se atrevería a atacarla, por lo menos en el terreno intelectual-, sino una defensa de los hacedores, por quienes no ha sentido necesidad de hablar ningún otro gigante intelectual comparable.

Pero es extraño y lamentable que muy pocos británicos hayan oído hablar de Hayek, ya no digamos que lo hayan leído. Su único momento de atención popular -que le ganó más notoriedad que fama- llegó hacia el final de la Segunda Guerra Mundial con la publicación de *The Road to Serfdom*, donde atacó duramente al socialismo en términos fácilmente entendibles para el público en general. Winston Churchill, en su escandalosa emisión radial durante la elección general de 1945, recurrió en gran medida a este libro para tratar de convencer a los votantes de que el término lógico de camino socialista era el campo de concentración. Por supuesto, este fue un error político de primer orden, porque el Partido Laborista bajo el liderazgo de Clement Attlee -quien había sido el segundo de Churchill durante toda la guerra contra Hitler- no parecía inclinado en modo alguno a guiar al pueblo británico hacia una condición de servidumbre. Era una tontería la pretensión de que la clase de socialismo del moderado Sr. Attlee, o sea la variedad británica del socialismo democrático, pudiera lesionar la libertad. Sólo un profesor alemán emigrado, como Hayek, podría escribir semejante insensatez.

Ocurrió así que este gran autor quedó descartado en Gran Bretaña como una especie de charlatán continental, alguien que no sabía nada acerca de Gran Bretaña, una impresión que ganó terreno durante todo el período del primer gobierno laborista de la posguerra, el que en opinión de la mayoría de la gente no parecía avanzar hacia un estado policíaco en ninguna forma que el hombre de la calle pudiera advertir. Este fue un período en que el rostro del socialismo parecía eminentemente benigno y gentil, inclinado hacia las buenas obras, es decir, hacia la construcción de un Estado benefactor. Es cierto que la nacionalización no fue un éxito económico, que no pareció funcionar en sentido práctico. Pero sus decepcionantes resultados prácticos no parecían confirmar las advertencias proféticas de Hayek acerca del

socialismo como el camino hacia la servidumbre; hacia la bancarrota, tal vez, pero no hacia la servidumbre.

En consecuencia, la discusión sobre el socialismo se redujo cada vez más a un nivel no ideológico; en los años cincuenta, la opinión pública volvió a inclinarse a favor de la empresa privada, no porque tal sistema fuese más libre sino porque parecía más capaz para producir bienes. Al parecer, la cuestión no era teórica sino práctica. La libre empresa funcionaba; el socialismo no funcionaba. ¿Para qué molestarse con un montón de teoría, y de discusiones acerca de principios, cuando la defensa del capitalismo frente al socialismo podía librarse mucho mejor en términos del crecimiento económico? "Nunca hemos estado tan bien". Tal era la defensa simple, elocuente, del capitalismo. Una defensa que no necesitaba de ningún Hayek.

Pero cuán diferente es el problema ahora, cuando no parecen funcionar ni el socialismo ni el capitalismo, en el sentido de la producción de bienes. Manifiestamente es un período de gran incertidumbre. Los individuos no saben qué hacer; y tampoco lo saben los gobiernos. Pero algo deberá hacerse, porque la crisis amenaza. Es precisamente en tales momentos de la historia que los principios importan, porque es muy grande la tentación de hacerlos a un lado. El principio es la única ancla contra el pánico; la única ancla que impide que la nave del Estado se suelte de sus amarras y se vaya al mar acierto de la experimentación pragmática que conduce Dios sabe a dónde. El último período de pánico fue el de fines de los años veinte y principios de los años treinta, cuando azotó la gran depresión. Pero en este período, por lo menos en Gran Bretaña y los Estados Unidos, la mayor parte del pueblo se aferraba todavía a los principios de una sociedad libre, profundamente impregnada de sus valores y supuestos, hasta el punto de que quizá haya impuesto demasiadas limitaciones a la experimentación pragmática por parte del Estado, por lo menos en el campo de la administración económica. Es posible que el ancla haya sido demasiado pesada (quizá no para Roosevelt en los Estados Unidos, pero sin duda para el gobierno nacional británico de Ramsay Macdonald).

¿Pero cuáles anclas de principios existen ahora? Deberá reconocerse sin duda que la nave del Estado se aferra con firmeza infinitamente menor a los principios de una sociedad libre. La justicia social, la igualdad: tales son las anclas contemporáneas. Cualesquiera que sean las soluciones pragmáticas que se encuentren para esta crisis económica, tenderán a encontrarse dentro de los límites de estos ideales -y no dentro de los límites de la libertad-, lo cual significa, en la práctica, que se

protegerán a toda costa los intereses de los trabajadores sindicalizados, y se sacrificarán los derechos de la propiedad privada, y se ampliará en todos sentidos el poder del Estado, excepto donde interfiera con el poder de los trabajadores sindicalizados.

Es probable que esta sea la dirección general, porque en ausencia de todo entendimiento generalizado de los principios de una sociedad libre no habrá ancla alguna que amarre la nave del Estado; no habrá ningún cuerpo de opinión suficientemente pesado, suficientemente sólido, que haga las veces de tal ancla. Por cierto, esta era precisamente la eventualidad contra la que prevenía Hayek. Actuando casi solo desde la guerra, Hayek ha tratado de difundir la doctrina de la libertad en una forma completamente extraña para el espíritu británico, demostrando la necesidad de que se entienda tal doctrina como un todo, de que se defiendan como un todo, porque el abandono de un baluarte pondrá en peligro todo el frente. "Doctrinario", fue la acusación que le dirigieron los conservadores pragmáticos, ansiosos por adueñarse de las vestiduras socialistas. Pero eso ocurrió en la época del poder conservador, cuando la doctrina parecía innecesaria.

Ahora hay una historia muy diferente. Los escritos de Hayek vuelven a encontrar el favor de los círculos tories. La señora Thatcher y sir Keith Joseph los tienen como libros de cabecera. Ocurre lo mismo en los Estados Unidos, donde está siendo elevado a la calidad de héroe cultural por los políticos republicanos que necesitan desesperadamente un apoyo intelectual. La razón es muy clara. Entre todos los filósofos políticos destacados de la posguerra, Hayek ha defendido la causa de una sociedad libre con mayor consistencia, valor y potencia, no sólo en relación con las partes veneradas por todos los intelectuales -la libertad de expresión- o con las partes que son obvias para todos -la libertad contra el arresto arbitrario, la prisión injusta, etc.-, sino también en relación con las partes que no están de moda ahora y para las cuales pocos advierten la necesidad de defensa, como la libertad de no unirse a un sindicato, o la libertad para no pagar impuestos por razones de la ingeniería social estatal, o la libertad de educación, de la medicina o del comercio y la producción, la libertad para dedicarse a cualquier negocio, para ganar dinero. Es la amplitud de su entendimiento del principio de la libertad, su conciencia de la necesidad de defenderlo en todas sus manifestaciones, y de la imposibilidad lógica de no aceptar las desventajas de la libertad si no se quieren poner en peligro sus ventajas supremas, lo que da a las obras de Hayek su gran vigencia contemporánea. Las anclas deben hacerse de hierro: poderosas, pesadas,

inflexibles, toscas. En las aguas tranquilas nos vemos tentados a olvidar su valor. Pero cuando el viento empieza a soplar y el mar se vuelve turbulento, ningún barco podrá prescindir de las anclas por mucho tiempo. Es en este sentido que las obras de Hayek son indispensables ahora, y cada vez lo reconocen más claramente así quienes se preocupan por la libertad.

Pero tales obras tienen un defecto. Leemos *The Constitution of Liberty* de cabo a rabo -y no conozco ningún ejercicio más satisfactorio y estimulante-sin encontrar una sola referencia a lo que constituye en mi opinión el obstáculo principal para una sociedad libre en las condiciones actuales, por lo menos en Gran Bretaña: las duras realidades del poder político y económico. El organismo más poderoso del país, el de los sindicatos, no se interesa en la libertad individual. Esto no es tan sorprendente. Los sindicatos surgieron porque los trabajadores reconocieron que no podrían prosperar como individuos en una sociedad libre y competitiva, ya que carecían de los talentos necesarios para hacer el bien por sí solos. En forma por demás realista, comprendieron los trabajadores que su mejor oportunidad para adquirir el poder de negociación consistía en organizarse como una masa cuya fuerza dependería de la solidaridad, la uniformidad disciplinada, la unión, la acción conjunta. Débiles como individuos, su instinto era la reunión, a resultas de la cual se volvieron fuertes como grupo; finalmente más que fuertes, ya que, en una economía moderna, interdependiente en el sentido tecnológico, son virtualmente invencibles los trabajadores. Pero su fuerza dependía, y sigue dependiendo, de su actuación en masa, de que cada trabajador individual se mantuviera alineado, sacrificando su propia libertad de acción individual en aras del bien general. No hay en esto nada necesariamente malo. En muchos sentidos resulta recomendable el espíritu de camaradería que así se inspira. Pero es muy poco probable que un grupo poderoso, cuya fuerza depende de la acción uniforme de sus miembros, se interese mucho por los principios de la libertad individual.

Sin embargo, los sindicatos son ahora el grupo dominante en la sociedad, la nueva clase gobernante para todos los fines prácticos, cuyos valores, formas de pensar y tradiciones ayudan a determinar toda la cultura política, así como los valores y los modos de pensamiento burgueses ayudaron a formar la cultura política del siglo diecinueve. Pero al revés de lo que ocurrió con la burguesía del siglo diecinueve, que

entendía y apreciaba la libertad individual porque sus miembros eran por excelencia capaces de utilizarla con provecho, de modo que el interés material soportaba al principio político, el sindicato del siglo veinte no tiene tal entendimiento y apreciación, porque sus miembros están por definición agudamente conscientes de su incapacidad para usar la libertad individual y de la medida en que su interés material depende de la negación de tal libertad.

Me parece que este problema nuevo no se traía adecuadamente en la gran obra de Hayek. Su solución consiste simplemente en mantener a los sindicatos dentro de la ley, para privarlos del poder de destruir una sociedad libre. ¿Pero cómo podrá ser un gobierno suficientemente fuerte para lograrlo en una democracia, donde los sindicatos son tan fuertes que escapan a toda coerción, a menos que asuma poderes de emergencia, que llame al ejército, etc., medidas que no son exactamente liberales o que pueda tomar con facilidad un gobierno integrado por personas de mentalidad liberal que tratan de conservar los votos de un electorado de mentalidad liberal?

Desde la Primera Guerra Mundial, cuando se percibió correctamente en este país, por primera vez, el poder potencial de los sindicatos, uno de los objetivos principales del Partido Conservador ha sido la confusión de este problema mediante una serie de transacciones políticas y económicas destinadas a superar en ingenio al movimiento laborista. Pero así se ha hecho lo que deplora Hayek: abandonar los principios liberales en todo el frente, adoptar las vestiduras socialistas, actuar en forma pragmática, volverse a veces casi tan colectivo como el Partido Laborista. ¿Pero qué otra cosa puede hacerse, en términos realistas, en una sociedad donde el grupo económico dominante es un movimiento masivo poco interesado en libertad individual, en efecto hostil hacia tal libertad en vista de su historia y sus tradiciones?

Sospecho que Hayek no tiene respuesta para este problema; que este gigante está tan desconcertado como todos nosotros, los pigmeos. Mientras no se encuentre esa respuesta, carecerá de techo el maravilloso edificio intelectual que ha construido Hayek para albergar los principios de una sociedad libre, aparentemente tan sólido, espacioso y hermoso. Esa es la próxima tarea del profesor Hayek, la verdadera coronación de su obra.